

La familia. Análisis e intervención psicosocial. Una lectura estructural

BAUDELIO LARA-GARCÍA¹



Pacheco Santos, Gerardo (Coord.)
(2015). *La familia. Análisis e intervención psicosocial*. México: Prometeo Editores. 182 pp.

Agradezco la invitación de los autores, para hacer la presentación de este libro de edición colectiva. Inicialmente, me pregunté el porqué de la misma, ya que no soy un experto en el tema de la familia ni de la migración. Dada esta y otras circunstancias, quiero indicar que las opiniones que verteré a continuación se centrarán, por un lado, solamente en el capítulo 1 y por el otro, ya que se trata de la percepción personal de un lego en el tema, propongo abordarlo a partir de una lectura editorial y estructural de la obra comentada que atenderá sobre todo a su posible efecto y comprensión, en tanto proceso de comunicación, en un lector hipotético como es mi caso. Me parece, sobre todo, que esta es una magnífica oportunidad de crear un espacio de discusión y reflexión sobre temas tan importantes como este que son comunes a los psicólogos.

Quizá de manera irónica Jorge Luis Borges se enorgullecía, no de los libros que escribió, sino de las obras que había leído. Una consecuencia de esta declaración es que, una vez publicado un texto, ya no pertenece a su autor, sino que es apropiado por los lectores de diversas maneras dependiendo de múltiples variables, tales como la intención, la pluralidad significativa del lenguaje, el lector blanco, y, por supuesto, el contexto histórico.

La difusión científica ha tratado de lidiar con esta pluralidad de significados estableciendo diversos códigos de comunicación que se pueden resumir en esta regla: ante todo, el lector (que en este caso casi siempre está relacionado con la comunidad científica de referencia, pero no exclusivamente, según distintos marcos teóricos), el lector, decíamos, tiene el derecho primordial de conocer los supuestos, el proceso y los resultados de la investigación de que se trate. Esta norma es válida tanto para los modelos cuantitativos, que han establecido reglas más o menos rígidas para la difusión científica, como para las aproximaciones cualitativas, más o menos desligadas o contrarias a los principios de generalización y de replicabilidad de los primeros, pero que para hacer efectivas las condiciones mínimas de diálogo, por lo menos requieren hacer explícita la posición (teórica, política, ideológica...) de la cual parten.

Tanto para apropiarme como lector de este texto, como para emitir mi opinión desde esta posición personal, traduzco estas consideraciones en un esquema básico de argumentación que espero me permita cumplir con mi cometido. Dividiré mis argumentos en dos partes: lo que me gustó del texto y lo que hubiera gustado del mismo.

En el primer caso, anoto por lo menos los siguientes aspectos que incitaron mi interés y curiosidad. En primer lugar, se trata de un tema poco abordado en la investigación psicológica en el ámbito local, lo cual promete por lo menos establecer algunos aportes para este campo. Por otra parte, se basa en un enfoque metodológico interesante que, si bien está basado primordialmente en un abordaje cualitativo, incluye también al final elementos cuantitativos. Además, propone, sobre todo al principio del texto, un enfoque teórico hasta cierto punto novedoso en tanto

¹ Profesor investigador del Centro de Estudios sobre Aprendizaje y Desarrollo, y del Departamento de Psicología Aplicada. Centro Universitario de Ciencias de la Salud, Universidad de Guadalajara. baulara@yahoo.com

plantea un marco de referencia que, si bien no es nuevo, se ha ensayado poco, además de una postura ideológica clara, ambos referentes fundados en una perspectiva marxista o por lo menos claramente de izquierda. Por último, el texto nos ofrece datos e interpretaciones específicas que resultan a la vez interesantes y discutibles, es decir, se trata de motivos que pueden iniciar o continuar con una discusión interesante.

Por alguna razón paradójica o perversa, los tópicos que incitan nuestra atracción casi siempre son los mismos que provocan nuestro desencanto. Hay una razón humana: nuestra atención no puede anclarse a lo que nos resulta indiferente.

En este contexto, enseguida expondré algunas aspectos que seguramente habrían hecho la experiencia de la lectura más agradable, algunos "me hubiera gustado".

En primer lugar, me hubiera gustado que en el capítulo hubiese incluido mayor información, más articulada y más precisa, sobre el marco metodológico del estudio. Si bien los informes cualitativos asumen mayores libertades a la hora de exponer sus resultados, en este apartado se echan en falta datos y por momentos, algunos de ellos se presentan de manera ambigua o contradictoria. El apartado del método se ubicó de manera secundaria en una nota al pie de página (p. 13) pero, más importante, la falta de algunos datos o la ambigüedad o vaguedad de otros, obligan al lector a completar el cuadro que aparece incompleto. Así, por ejemplo, son dudas razonables en cuanto a este tema por qué se eligió el poblado de Zapotitán, aparte del hecho de que se trata de una comunidad rural, sobre todo en relación con el propio fenómeno de la migración ¿Se trata de un poblado especialmente relevante en función de su participación en el fenómeno migratorio en relación con poblados semejantes del estado? ¿Cómo se seleccionaron específicamente las núcleos familiares entrevistados? Se menciona un muestreo intencionado: 5 familias, incluida la entrevista al párroco del lugar. Entonces, se trata de solamente cuatro. ¿Cómo se equipara la entrevista a un núcleo familiar con un informante clave? Tampoco hay datos precisos sobre el procedimiento: en qué periodo se aplicaron, cuántas entrevistas se realizaron, si como se señala, fueron entrevistas a profundidad, cuántas etapas y cuáles tópicos motivaron el proceso de profundización, etc.

Por otra parte, tampoco se ofrecen datos al lector sobre la articulación propuesta entre el estudio cua-

litativo y el complemento cuantitativo, lo que hubiera fortalecido el interés de la lectura de un estudio mixto. Sobre todo, hubiera sido interesante conocer los criterios de muestreo que concluyeron en la selección de 4 núcleos familiares, a partir de una población de 500 familias, de las cuales se entrevistó (se habla indistintamente de la aplicación de un cuestionario y de una entrevista) a 33 núcleos seleccionados al azar de los que presumiblemente se decantaron las 4 familias. La observación más importante es que no se consigna si esta descripción cuantitativa complementaria se realizó como paso previo a la selección de la muestra final o, como sugiere el segundo adjetivo, "complementaria", se realizó después. Una observación aparte, acaso no trivial si se trata de un acto de comunicación, es que esta descripción cuantitativa no provee los datos completos; en algunos casos se presentan de manera poco clara, no siguen los criterios convencionales de presentación de datos, y sobre todo, no está integrada orgánicamente a los resultados del estudio. De este modo, se presentan 7 apartados con sus respectivos cuadros y gráficos de un cuestionario de 16 preguntas (¿se integraron respuestas o se omitieron datos?), mismos que no están numerados y cuyo texto descriptivo sólo repite los datos que el lector puede leer o interpretar por sí mismo.

En todo caso, la observación más importante se relaciona con la falta de articulación metodológica de estas dos vertientes del estudio, la cualitativa y la cuantitativa, cuya inclusión de esta última podría fácilmente haberse omitido o ubicado como un anexo.

Un segundo deseo de lectura se relaciona con el marco teórico empleado y con sus derivaciones conceptuales, mismas que tienen consecuencias metodológicas. Si comprendí bien, el texto se funda, en lo que respecta a este apartado, en dos bases principales; por un lado, la aplicación de la noción de totalidad concreta de Kosik y, por otra parte, una revisión panorámica de diversas posiciones teóricas generales y de enfoques psicológicos predominantes, que derivan en una conceptualización de lo psicosocial, fundamento primario de la interpretación y presentación de los resultados. De la primera vertiente, que denominaré filosófica-histórica, se desprende la mayor parte del contenido de la obra, desde la introducción hasta la descripción del origen de la familia y el carácter sociohistórico de la familia moderna. De la segunda vertiente, que denominaré propiamente psicológica, se deriva una revisión breve, en varios pasajes veces sustentada en fuentes secundarias, de los

enfoques psicológicos y, sobre todo, psicoterapéuticos de abordaje de la familia.

Ambas vertientes confluyen en un aspecto común –y ese es su posible mérito–, a saber, el intento por observar esa “realidad familiar” como un aspecto unitario, vale decir, como una totalidad concreta, que se resolvería hipotéticamente en la caracterización de lo psicosocial que se ofrece páginas después.

Lo que me hubiera gustado es que ese intento totalizador hubiese fructificado de manera específica en un plano de explicación o interpretación precisamente psicosocial.

Si entendí bien mis lejanas lecturas de facultad de la obra del autor checo, el resultado esperado en una indagación o fundamentación general en la búsqueda de la “cosa misma” es, ante todo, de carácter epistemológico, ciertamente de una epistemología fundada en el principio de la praxis, pero epistemología al fin. No es otra cosa lo que interpreto de este pasaje: “El método de ascenso de lo abstracto a lo concreto es el método del pensamiento; con otras palabras, esto significa que es un movimiento que opera en los conceptos, en el elemento de la abstracción. El ascenso de lo abstracto a lo concreto no es el paso de un plano (sensible) a otro (racional), sino un movimiento del pensamiento y en el pensamiento” (Kosik, 1981:49).

En otras palabras, la utilidad de este enfoque epistemológico reside en el supuesto de que la aprehensión de la cosa misma, de la totalidad concreta, pasa por la construcción de un concepto o una categoría específica que permita abstraer los rasgos primordiales de la “realidad” permitiendo con ello distinguir fenómeno y esencia, concreción y pseudoconcreción, conciencia e ideología, dimensiones históricas que no están predeterminadas como algo inmanente. Ejemplos de esta destilación conceptual son, en la Economía, el concepto de plusvalía, y en la Psicología, el concepto de zona de desarrollo próximo o de internalización.

En ese sentido, para ser coherente con este planteamiento teórico elegido por los autores, me hubiera gustado encontrar una definición más precisa de la categoría “psicosocial” en lugar de la caracterización seriada que se ofrece en el texto. Si bien desde el punto de vista fenomenológico esta aproximación es válida, queda entonces como asignatura pendiente argumentar cómo se articulan, en el plano teórico, una noción fenomenológica que se resuelve en una lista de rasgos, con un marco totalizador como es el planteamiento de Kosik, quien, por otra parte,

en su momento criticó a Edmund Husserl por su pretensión de “ir a las cosas misas” pues consideraba que no existe un mundo preideológico ni prediscurso independiente de la esfera histórico de la praxis.

La vertiente social o sociohistórica parece resolverse con una contextualización que ocupa las 10 primeras páginas del capítulo. El esquema argumentativo es una serie más o menos articulada de datos económicos, históricos, sociales y políticos que es a la vez inobjetable, y por su propia naturaleza, insuficiente. La dificultad no estriba en mostrar este escenario, sino en presentarlo como premisa de una petición de principio: la teoría del reflejo que supone que lo psicológico es por naturaleza algo fenoménico, una pseudoconcreción “la expresión ideológica fundamental del contexto socio-histórico específico que se reproduce en las interrelaciones familiares” (p. 43). No es aquí el lugar para discutir este tema, porque se produciría un texto más largo que el que se está comentando. Baste decir que, en mi opinión, desde esta postura no es necesario estudio alguno, porque ya se ha determinado de antemano el carácter secundario de lo psicológico. Efectivamente, lo psicológico es un fenómeno pseudoconcreto de la base material si se le observa desde la Economía, pero no lo es en absoluto, si se le observa desde la propia Psicología. El reto es, entonces, encontrar su propia materialidad, su especificidad, asunto que preocupó al Viejo Topo en otros temas también caros, como la autonomía relativa del arte y la cultura. Algo que queda claro, por lo menos en mi opinión, es que el fundamento filosófico epistemológico de la Psicología no puede provenir de *El Capital*, sino de textos fragmentarios como los *Cuadernos de París* o las *Tesis sobre Feuerbach*.

Una dificultad semejante reaparece en el plano más específico del abordaje psicológico o psicoterapéutico. Por ejemplo, los enfoques integradores representados por las posturas de Minuchin o los modelos sistémicos apuntarían a la premisa de que el estudio o el trabajo psicoterapéutico con las familias, para poder identificar su dinámica y sus procesos, debe incluir a todos los miembros. El estudio en cuestión se presenta como una indagación sobre familias, pero no se incluye, por razones obvias, la voz del padre, esto es, los padres no fueron entrevistados, y las poquísimas veces que aparece la voz del padre es a través del filtro de otros miembros de la familia. Se entienden, por supuesto, las dificultades operativas e incluso económicas que implicarían haber entrevista-

do al padre, pero en sentido estricto, entonces, parece más apropiado hablar de un estudio sobre la ausencia de la figura paterna que uno que trata sobre la interrelación de un sistema.

Cerraré esta intervención con un último “me hubiera gustado” que se relaciona con la lectura peculiar que se hace en el texto de algunos datos. En este caso, habría que encontrar una mayor coherencia entre las conclusiones y las producciones lingüísticas en que supuestamente se basan. Tomaré el ejemplo que más llamó mi atención.

En el primer apartado de resultados “La influencia de la emigración en la estructura y dinámica familiar: principio de autoridad, normas, roles y alianzas” se concluye que “La consecuencia inmediata de la emigración al interior de la familia la constituye la modificación en su jerarquía. Es decir, en el principio de autoridad, con predominancia de secuelas psicológicas negativas para todos sus miembros” (p. 31). Se argumenta que, salvo un caso, en que la autoridad fue asumida por uno de los hijos, en los otros tres el mando fue asumido por la madre. Ahora bien, se entiende que asumir la autoridad implica cambiar la jerarquía de los miembros dentro del sistema familiar. Y si bien, de acuerdo con observaciones de sentido común podemos estar de acuerdo en que normalmente la madre asume la autoridad y, por tanto, la ejerce nominal y realmente, el ejemplo que se presenta en este apartado parece contradecir la conclusión:

“Durante el trabajo de campo hubo ocasiones en que el hijo adolescente de una de las entrevistadas interrumpió frecuentemente nuestras charlas, que generalmente se realizaron por la tarde, para exigir que le planchara rápido su camisa y pantalón porque ya se iba a la calle. En otra ocasión, se escucharon sus gritos diciendo a una de sus hermanas “¿hasta qué horas va estar esa pinche camisa?” como consecuencia de ello, especialmente para el hijo varón, la figura paterna simboliza plena identificación, mucho respeto y mayor autori-

dad (*la autoridad de su madre es en todo caso de menor rango*)” (el subrayado es mío).

Nos encontramos entonces con un episodio en que la conclusión no concuerda con sus premisas. Se impondría una lectura de la evidencia bajo una clave analógica, más que sintomal: si hay efectivamente un cambio en la jerarquía, la autoridad efectiva es ejercida por el hijo, aunque la madre la porte nominalmente. En todo caso, el ejemplo no es la excepción, sino la regla: quien tiene jerarquía es el hijo que grita, no la madre que no sabe qué hacer porque el padre no está para llevar a los hijos a cazar al monte. Tiene razón, párrafos abajo, al concluir que se reproduce el modelo machista, sin embargo, precisamente por ello, no se produce el cambio de jerarquía.

Otro tanto podría decirse de otras conclusiones, como la mayor vulnerabilidad emocional de los hijos varones (que parecen no estar muy preocupados) atribuible al apego o a la edad, pero sin que se presenten evidencias en tal sentido.

Finalmente, quiero reiterar y subrayar que todas las opiniones anteriores deben tomarse de quien viene, una persona que se asume como lector lego, interesado pero ajeno al tema. No se trata, en todo caso, de que estemos de acuerdo por lo que mis opiniones deben tomarse en el sentido de descalificar o escatimar el trabajo de los autores. En ciencia, los acuerdos son útiles y válidos en el terreno de la puesta en común de los principios y las bases para la discusión, no necesariamente sobre los resultados.

Siguiendo a Borges, espero haberme apropiado del texto y, por otra parte, espero no habérmelo apropiado equívocamente, en el sentido de haber comprendido realmente la estructura y esencia de su mensaje.

Por ello, no me resta sino felicitar a los autores por el trabajo invertido en esta obra y celebrar la aparición del libro haciendo votos porque tenga la difusión que corresponde a la medida del gran esfuerzo invertido.